

Pequeña antología de Sacramento Espinosa Calero

Lectura

A Mario Figueroa, amigo librero

El mayor de todos los misterios es el hombre.

Sócrates.

Esta hoja de papel en mi escritorio

no deja que la lea.

La luz de su silencio, tan oscura,

alumbra este misterio de mí mismo,

pero nunca yo a ella.

Si no puedo leer poema alguno,

si es él quien, encubierto,

me asombra, me ilumina,

¿por qué no seré yo los versos puros

de un Dios que fuese guía

de todo cuanto escribe,

de todo lo que un día

fue voz y pensamiento,

fue silencio y palabra?

Este asombro

La mirada, este asombro que del alma
se desprende y se afirma y nos ofrece
la voz más primitiva,
que fue siempre el silencio,
dibuja el pensamiento de los hombres
al tendido del mundo.

La mirada nos brinda su memoria,
las manchas florecidas de su rostro,
que ni olvida ni finge,
que ni miente ni huye.

La mirada, entre el alma y la razón,
deja abierta la puerta de la duda:
nos hace ver, sencilla,
que somos tan efímeros, o eternos,
como el fuego en la roca,
como el viento en la rama,
y que todo ha de ser, a nuestros ojos,
el misterio que habita
donde nunca sabremos.

Nuestro ser conjunto

A Noa

«Los pájaros recuerdan el buen tiempo».

Esas fueron tus palabras

al borde de las cinco,

cuando el bullicio alegre de unos niños

era un viento de luz

que solo la inocencia nos regala.

Estábamos los dos,

sentados en la sombra de algún parque

que recuerdo todavía.

Los pájaros, que ocultan su trinar

bajo las ramas que la tarde entrega,

sumían su destino

en el fondo de nuestro ser conjunto.

Ya sabes: siempre aciertan

los días en el alma,

porque aunque duela y pese

tantas veces la vida,

los pájaros nos cantan.

Las huellas de tu paso

A mi perro Coco

¿Cómo puedo decirte, amigo mío,
que ya no eres tan joven,
que llevas en tus pasos la fatiga
del tiempo y del camino?

Me miras preguntándome hasta cuándo,
hasta cuándo el paseo de las tardes,
el patio donde duermes las mañanas,
el cuenco que te espera por las noches.

Me miras y no sé qué responderte,
porque apenas comprendo los andares
de tu sombra y la mía,
porque nada es sencillo de explicarte
si no es con la bondad de nuestros hechos.

Me miras y parece que miraras
a un Dios que te acompañe,
que guíe con sus manos nuevas rutas
sin cuidado y sin horas,
al aire de una vida que trajese
distancias infinitas...

¿Cómo puedo decirte, amigo mío,
que la unión se termina,

que la tierra es pequeña, muy pequeña,
cuando el amor es grande,
que tal vez nuestras huellas se deformen
en la firme cuneta del camino?

Si encuentras un Pastor con su ganado
que quiera cobijarte,
que ponga en su sillón tu cuerpo alegre
cuando ansíes subirte,
no te importe mi ausencia,
no la sientas allí donde él te lleve,
no ladres al cartero que no tenga
mensajes del recuerdo de que fuimos,
y corre por los campos,
y salta los pedruscos y los setos,
y huele los hierbajos de los montes
que manchen tus hocicos inocentes.

Y si acaso no hay sitio donde seas
ya nada, amigo mío,
recoge tu silencio con templanza,
entiérralo en un árbol de la calle
y abónalo despacio,
a ver si brota y crece y trae consigo
la paz que tu mirada
refleja en cada gesto.

¿Saldrá la antigua aurora con un paño

a secar los cristales de la lluvia?
¿Vendrá tan renovada como siempre,
tan pura, tan sincera?
Esta tarde saldremos de paseo,
saludarás al perro del vecino,
y en medio del jardín donde te tumbas,
te haré la última foto,
guardaré tu memoria en la cartera
y vendremos a casa,
dichosos de estar vivos.

El dolor

Abrazar el dolor,
sentirlo como parte de la vida
para seguir viviendo.
Abrazarlo y sentirlo,
tenerlo tan presente que la dicha
ponga un cubierto más.

Luciérnaga del alma

Llegarás entre sombra y luz herida,
segura de que todo lo que amé
fue espejo de una carne pasajera
que a ti te pertenece...

De tu mano tendré la incertidumbre
marchita entre los dedos,
y tu negra cintura delincuente
abrirá los caminos de mi cuerpo
para verse vencido...

Llegarás y seremos los amantes
que la noche buscaba,
porque el hombre es muy débil y tú sabes
que a ti nos entregamos con la vida,
que no es poco decir:
mis recuerdos, mis lágrimas, mi paso
por las sendas de un día que se marcha...
No hay duda: moriré,
con el alma encendida por si acaso,
hacia otra realidad que tú me guardes,
hacia otra casa inhóspita, otra cama,
o hacia el polvo de un tétrico rincón,
al aire de tu vuelo sin demora
que palpe con su aliento la fatiga

de mi breve existencia...

Luciérnaga del alma mía, muerte
ocultada en la cima
del tiempo que dejamos para siempre...
Muerte, muerte que llevo sobre el alma,
porque el alma se agota de vivir
tanta esperanza...

No me inquieta tu encuentro,
y no me importa ya tu abrazo fuerte,
amada dolorosa,
pues sé que no me dejarás jamás
ausente,
que siempre vivirás
del eterno racimo de mi ausencia...

Si yo pudiera

Si yo pudiera ser, una mañana,
ausencia de mí mismo,
hablaría con Alguien que me diera
una sola creencia,
una muda palabra.

Si yo pudiera ser, una mañana,
una muda creencia,

una sola palabra,
tendría para siempre conquistado
el don de ser yo mismo
entre toda mi ausencia.